

CAPÍTULO 1. LAS ORACIONES DE LA BIBLIA

Aquellos que han dejado la impresión más profunda en esta tierra maldita por el pecado han sido hombres y mujeres de oración. Usted encontrará que la oración ha sido la fuerza poderosa que ha movido no solo a Dios, sino al hombre. Abraham fue un hombre de oración, y los ángeles bajaron del cielo para conversar con él.

La oración de Jacob fue respondida en la maravillosa entrevista en Peniel, que resultó en que recibiera una bendición tan poderosa, y en que se ablandara el corazón de su hermano Esaú; el niño Samuel fue dado en respuesta a la oración de Ana; la oración de Elías cerró los cielos por tres años y seis meses, y oró de nuevo y los cielos dieron lluvia.

El Apóstol Santiago nos dice que el profeta Elías era un hombre «sujeto a pasiones semejantes a las nuestras». Agradezco que aquellos hombres y mujeres que fueron tan poderosos en la oración fueran igual que nosotros. Somos propensos a pensar que aquellos profetas y hombres y mujeres poderosos de la antigüedad eran diferentes a nosotros. Ciertamente vivieron en una época mucho más oscura, pero eran de pasiones semejantes a las nuestras.

Leemos que en otra ocasión Elías hizo descender fuego en el Monte Carmelo. Los profetas de Baal clamaron largo y fuerte, pero ninguna respuesta vino. El Dios de Elías escuchó y respondió su oración. Recordemos que el Dios de Elías aún vive. El profeta fue trasladado y subió al cielo, pero su Dios aún vive, y tenemos el mismo acceso a Él que Elías tuvo.

Tenemos la misma garantía para ir a Dios y pedir que el fuego del cielo descienda y consuma nuestras concupiscencias y pasiones, para quemar nuestra escoria, y dejar que Cristo brille a través de nosotros.

Eliseo oró, y la vida volvió a un niño muerto. Muchos de nuestros hijos están muertos en delitos y pecados. Hagamos como Eliseo; supliquemos a Dios que los levante en respuesta a nuestras oraciones.

El rey Manasés era un hombre impío y había hecho todo lo posible en contra del Dios de su padre; sin embargo, en Babilonia, cuando clamó a Dios, su clamor fue escuchado, y fue sacado de la prisión y puesto en el trono de Jerusalén. Sin duda, si Dios atendió la oración del malvado Manasés, escuchará la nuestra en momentos de angustia. ¿Acaso no es este un momento de angustia para un gran número de nuestros semejantes? ¿No hay muchos entre nosotros cuyos corazones están agobiados? Al acercarnos al trono de la gracia, recordemos que **DIOS: RESPONDE LA ORACIÓN**

Miren, otra vez, a Sansón. Él oró; y su fuerza volvió, de modo que mató a más en su muerte que durante su vida. Él era un descarriado restaurado, y tuvo poder ante Dios. Si aquellos que han sido descarriados tan solo regresan a Dios, verán cuán rápidamente Dios responderá la oración.

Job oró, y su cautiverio fue revertido. La luz vino en lugar de las tinieblas, y Dios lo elevó por encima de la altura de su prosperidad anterior, en respuesta a la oración.

Daniel oró a Dios, y Gabriel vino a decirle que era un hombre muy amado de Dios. Tres veces ese mensaje le llegó del cielo en respuesta a la oración. Los secretos del cielo le fueron impartidos, y se le dijo que el Hijo de Dios iba a ser cortado por los pecados de Su pueblo. Encontramos también que Cornelio oró; y Pedro fue enviado para decirle palabras por las cuales él y los suyos serían salvos. En respuesta a la oración, esta gran bendición vino sobre él y su casa. Pedro había subido a la azotea a orar por la tarde, cuando tuvo aquella visión maravillosa del lienzo que descendía del cielo. Fue cuando se hacía oración sin cesar a Dios por Pedro, que el ángel fue enviado para librarlo.

Así que a través de todas las Escrituras encontrarán que cuando la oración creyente subía a Dios, la respuesta descendía. Creo que sería un estudio muy interesante recorrer toda la Biblia y ver lo que ha sucedido mientras el pueblo de Dios ha estado de rodillas clamando a Él. Ciertamente, el estudio fortalecería grandemente nuestra fe, mostrando, como lo haría, cuán maravillosamente Dios ha oído y librado, cuando el clamor ha subido a Él pidiendo ayuda.

Miren a Pablo y Silas en la prisión de Filipos. Mientras oraban y cantaban alabanzas, el lugar fue sacudido, y el carcelero fue convertido. Probablemente esa conversión ha hecho más que cualquier otra registrada en la Biblia para traer personas al reino de Dios. ¿Cuántos han sido bendecidos al buscar responder la pregunta: «¿Qué debo hacer para ser salvo?» Fue la oración de aquellos dos hombres piadosos la que llevó al carcelero a sus rodillas, y que trajo bendición a él y a su familia.

Recuerdan cómo Esteban, mientras oraba y miraba hacia arriba, vio los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre a la diestra de Dios; la luz del cielo cayó sobre su rostro de modo que resplandecía. Recuerden, también, cómo el rostro de Moisés resplandecía cuando descendió del monte; había estado en comunión con Dios. Así que cuando entramos verdaderamente en comunión con Dios, Él alza Su rostro sobre nosotros; y en lugar de tener apariencia sombría, nuestros rostros resplandecerán, porque Dios ha oído y respondido nuestras oraciones.

Quiero llamar especial atención a Cristo como ejemplo para nosotros en todas las cosas; en nada más que en la oración. Leemos que Cristo oró a Su Padre por todo. Cada gran crisis en Su vida fue precedida por oración. Permítanme citar algunos pasajes. Nunca noté hasta hace pocos años que Cristo estaba orando en Su bautismo. Mientras oraba, el cielo se abrió, y el Espíritu Santo descendió sobre Él. Otro gran evento en Su vida fue Su Transfiguración.

«Mientras Él oraba, la apariencia de Su rostro fue alterada, y Su vestidura era blanca y resplandeciente.» Leemos otra vez: «Aconteció en aquellos días que Él salió al monte a orar, y pasó toda la noche en oración a Dios.» Este es el único lugar donde se registra que el Salvador pasó una noche entera en oración.

¿Qué estaba a punto de suceder? Cuando descendió del monte, reunió a Sus discípulos a Su alrededor y predicó aquel gran discurso conocido como el Sermón del Monte, el sermón más maravilloso que jamás se haya predicado a hombres mortales. Probablemente ningún sermón ha hecho tanto bien, y fue precedido por una noche de oración. Si nuestros sermones van a llegar a los corazones y

conciencias de la gente, debemos ser abundantes en oración a Dios, para que haya poder con la palabra.

En el Evangelio de Juan leemos que Jesús, en la tumba de Lázaro, levantó Sus ojos al cielo y dijo: «Padre, te doy gracias porque me has oído; y sé que siempre me oyes; pero por causa de la gente que está alrededor lo dije, para que crean que Tú me has enviado.» Noten que antes de hablar a los muertos para darles vida, habló a Su Padre. Si nuestros muertos espiritualmente han de ser levantados, debemos primero obtener poder con Dios.

La razón por la que tan a menudo fallamos en mover a nuestros semejantes es que tratamos de ganarlos sin primero obtener poder con Dios. Jesús estaba en comunión con Su Padre, y así podía estar seguro de que Sus oraciones eran oídas.

Leemos otra vez, en el capítulo doce de Juan, que Él oró al Padre. Creo que este es uno de los capítulos más tristes de toda la Biblia. Estaba a punto de dejar a la nación judía y de hacer expiación por el pecado del mundo. Oigan lo que dice: «Ahora Mi alma está turbada, ¿y qué diré? Padre, sálvame de esta hora; mas para esto he llegado a esta hora.» Estaba casi bajo la sombra de la Cruz; las iniquidades de la humanidad estaban a punto de ser puestas sobre Él; uno de Sus doce discípulos iba a negarlo y jurar que nunca lo había conocido; otro iba a venderlo por treinta piezas de plata; todos iban a abandonarlo y huir. Su alma estaba excesivamente triste, y ora; cuando Su alma estaba turbada, Dios le habló. Luego, en el Huerto de Getsemaní, mientras oraba, un ángel apareció para fortalecerlo. En respuesta a Su clamor: «Padre, glorifica Tu Nombre», oye una voz que desciende de la gloria: «Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez.» Otra oración memorable de nuestro Señor fue en el Huerto de Getsemaní: «Se apartó de ellos como a un tiro de piedra, y puesto de rodillas oró.» Quisiera llamar su atención sobre el hecho registrado de que cuatro veces la respuesta descendió directamente del cielo mientras el Salvador oraba a Dios. La primera vez fue en Su bautismo, cuando los cielos se abrieron y el Espíritu descendió sobre Él en respuesta a Su oración. Otra vez, en el Monte de la Transfiguración, Dios apareció y le habló. Luego, cuando los griegos vinieron deseando verlo, la voz de Dios fue oída respondiendo a Su llamado; y otra vez, cuando clamó al Padre en medio de

Su agonía, se dio una respuesta directa. Estas cosas están registradas, no lo dudo, para que seamos animados a orar.

Leemos que Sus discípulos vinieron a Él y le dijeron: «Señor, enséñanos a orar.» No está registrado que les enseñara cómo predicar. He dicho a menudo que preferiría saber cómo orar como Daniel que predicar como Gabriel. Si obtienes amor en tu alma, de modo que la gracia de Dios pueda descender en respuesta a la oración, no habrá problema en alcanzar a la gente. No es mediante sermones elocuentes que las almas que perecen van a ser alcanzadas; necesitamos el poder de Dios para que la bendición pueda descender.

La oración que nuestro Señor enseñó a sus discípulos se llama comúnmente el Padrenuestro. Creo que la oración del Señor, más propiamente, es la del capítulo diecisiete de Juan. Esa es la oración más larga registrada que Jesús hizo.

Pueden leerla lenta y cuidadosamente en unos cuatro o cinco minutos. Creo que podemos aprender una lección aquí. Las oraciones de nuestro Maestro eran cortas cuando se ofrecían en público; cuando estaba a solas con Dios, eso era diferente, y podía pasar toda la noche en comunión con Su Padre. Mi experiencia es que aquellos que oran más en sus aposentos generalmente hacen oraciones cortas en público. Las oraciones largas son demasiado a menudo no oraciones en absoluto, y fatigan a la gente. Cuán corta fue la oración del publicano: «¡Dios, sé propicio a mí, pecador!» La de la mujer sirofenicia fue más corta aún: «¡Señor, ayúdame!» Fue directamente al punto, y obtuvo lo que quería. La oración del ladrón en la cruz fue corta: «Señor, acuérdate de mí cuando vengas en Tu Reino.» La oración de Pedro fue: «¡Señor, sálvame, o perezco!» Así que, si recorren las Escrituras, encontrarán que las oraciones que trajeron respuestas inmediatas fueron generalmente breves. Que nuestras oraciones sean al punto, diciendo simplemente a Dios lo que queremos.

En la oración de nuestro Señor, en Juan 17, encontramos que hizo siete peticiones: una por Sí mismo, cuatro por Sus discípulos que estaban alrededor de Él, y dos por los discípulos de las edades sucesivas. Seis veces en esa única oración repite que Dios lo había enviado. El mundo lo miraba como un impostor;

y quería que supieran que Él era enviado del cielo. Habla del mundo nueve veces, y menciona a Sus discípulos y a aquellos que creen en Él cincuenta veces.

La última oración de Cristo en la Cruz fue corta: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.» Creo que esa oración fue respondida. Encontramos que allí mismo, frente a la Cruz, un centurión romano fue convertido. Fue probablemente en respuesta a la oración del Salvador. La conversión del ladrón, creo, fue en respuesta a esa oración de nuestro bendito Señor. Saulo de Tarso puede haberla oído, y las palabras pueden haberlo seguido mientras viajaba a Damasco; de modo que cuando el Señor le habló en el camino, pudo haber reconocido la voz. Una cosa sabemos: que en el día de Pentecostés algunos de los enemigos del Señor fueron convertidos. Ciertamente eso fue en respuesta a la oración: «¡Padre, perdónalos!» Por lo tanto, vemos que la oración ocupa un lugar elevado entre los ejercicios de la vida espiritual. Todo el pueblo de Dios ha sido pueblo de oración.

Miren, por ejemplo, a Baxter. Él manchó las paredes de su estudio con su aliento de oración; y después de ser ungido con la unción del Espíritu Santo, envió un río de agua viva sobre Kidderminster, y convirtió a cientos. Lutero y sus compañeros fueron hombres de tan poderosa intercesión ante Dios, que rompieron el hechizo de los siglos, y dejaron naciones sometidas al pie de la Cruz. Juan Knox tomó toda Escocia en sus fuertes brazos de fe; sus oraciones aterrorizaron a los tiranos. Whitefield, después de mucha santa y fiel intercesión en su aposento, fue a la feria del diablo, y sacó más de mil almas de la garra del león en un solo día. ¡Vean a un Wesley orante convertir más de diez mil almas al Señor!

Miren al Finney orante, cuyas oraciones, fe, sermones y escritos han sacudido todo este país, y han enviado una ola de bendición a través de las iglesias a ambos lados del mar.

El Dr. Guthrie habla así de la oración y su necesidad: «El primer signo verdadero de la vida espiritual, la oración, es también el medio de mantenerla. El hombre puede tan bien vivir físicamente sin respirar, como espiritualmente sin

orar. Hay una clase de animales, los cetáceos, ni peces ni aves marinas, que habitan las profundidades. Es su hogar, nunca lo dejan por la orilla; sin embargo, aunque nadan bajo sus olas y sondan sus más oscuras profundidades, tienen que subir a la superficie una y otra vez para respirar el aire. Sin eso, estos monarcas de las profundidades no podrían existir en el denso elemento en el que viven, se mueven y tienen su ser. Y algo semejante a lo que les es impuesto a ellos por una necesidad física, el cristiano tiene que hacerlo por una espiritual. Es ascendiendo una y otra vez a Dios, elevándose mediante la oración a una región más sublime y pura para recibir suministros de la gracia divina, que mantiene su vida espiritual. Impídanle a estos animales subir a la superficie, y mueren por falta de aliento; impídanle al cristiano elevarse a Dios, y muere por falta de oración. «Dame hijos», clamó Raquel, «o si no, muero.» «Déjenme respirar», dice un hombre jadeando, «o si no, muero.» «Déjame orar», dice el cristiano, «o si no, muero.» «Desde que comencé», dijo el Dr. Payson cuando era estudiante, «a suplicar la bendición de Dios sobre mis estudios, he hecho más en una semana que en todo el año anterior.» Lutero, cuando estaba más abrumado por el trabajo, decía: «Tengo tanto que hacer que no puedo avanzar sin tres horas al día de oración.» Y no solo los teólogos piensan y hablan muy bien de la oración; hombres de todas las clases y posiciones en la vida han sentido lo mismo.

El General Havelock se levantaba a las cuatro de la mañana, si la hora de marchar era las seis, antes que perder el precioso privilegio de la comunión con Dios antes de partir. Sir Mateo Hale dice: «Si omito orar y leer la Palabra de Dios por la mañana, nada me sale bien en todo el día.» «Una gran parte de mi tiempo», dijo McChesney, «la paso en poner mi corazón en sintonía para la oración. Es el eslabón que conecta la tierra con el cielo.» Una visión completa del tema mostrará que hay nueve elementos que son esenciales para la verdadera oración. El primero es la Adoración; no podemos encontrarnos con Dios en un mismo nivel al principio. Debemos acercarnos a Él como Alguien que está mucho más allá de nuestro alcance o vista. El siguiente es la Confesión; el pecado debe ser apartado del camino. No podemos tener ninguna comunión con Dios mientras haya alguna transgresión entre nosotros. Si hay algún mal que le hayas

hecho a un hombre, no puedes esperar el favor de ese hombre hasta que vayas a él y confieses la falta.

La Restitución es otro; tenemos que reparar el mal, siempre que sea posible. La Acción de Gracias es la siguiente; debemos estar agradecidos por lo que Dios ya ha hecho por nosotros.

Luego viene el Perdón, y luego la Unidad; y entonces, para la oración ferviente, tal como estas cosas la producen, debe haber Fe. Así influenciados, estaremos listos para ofrecer una Petición directa. Oímos muchas oraciones que son solo exhortaciones, y si no vieras los ojos del hombre cerrados, supondrías que está predicando. Luego, mucho de lo que se llama oración es simplemente hallar faltas.

Es necesario que haya más petición en nuestras oraciones. Después de todo esto, debe venir la Sumisión. Mientras oramos, debemos estar listos para aceptar la voluntad de Dios. Consideraremos estos nueve elementos en detalle, cerrando nuestras investigaciones con incidentes que ilustran la certeza de recibir, bajo tales condiciones, Respuestas a la Oración.

La hora de oración

«Señor, ¡qué cambio dentro de nosotros puede lograr una breve hora Pasada en Tu presencia! ¡Qué pesadas cargas quita de nuestro pecho! ¡Qué secos campos refresca como con un chaparrón.

Nos arrodillamos, y todo a nuestro alrededor parece ensombrecerse; Nos levantamos, y todo, lo lejano y lo cercano, Se presenta en líneas soleadas, valiente y claro; ¡Nos arrodillamos: cuán débiles! ¡Nos levantamos: cuán llenos de poder!

¿Por qué, pues, nos hacemos este daño a nosotros mismos, ¿O a otros, de que no seamos siempre fuertes? ¿De que estemos siempre abrumados por el cuidado? ¿De que debamos ser siempre débiles o sin corazón, Ansiosos o turbados, mientras con nosotros está la oración, Y el gozo, la fuerza y el valor están Contigo?» —Trench.